

Cómo cambiar en los niños el comportamiento negativista

— José Luis Moya Palacios / Carmen Puerto Rentero —

Un raro comportamiento en mi casa

El otro día fui testigo de una curiosa secuencia comportamental en el marco de mi propia familia. Veréis.

Estaba yo trabajando en mi despacho tranquilamente. Mi hijo Fran (3 años 4 meses) permanecía entretenido en su habitación con la alfombra plagada de puzzles y juguetes.

Maite, mi esposa, llamó al niño desde el comedor:

—¡Fran, ven!

...silencio en el ambiente.

Al cabo de un tiempo nuevamente el «pregón» estridente:

—¡Fran, ven, que te voy a dar una cosita!

Yo jamás había observado semejante comportamiento hasta esa ocasión. El crío, sin dejar los juguetes, contestó en tono distraído:

—¡Ya voy...!

Compás de espera... y nueva llamada en "si bemol", con los registros en acelerado "crescendo".

—¡Por favor, Fran, te estoy llamando, haz el favor de venir inmediatamente!

—¡Yaaa voyyy! —gritó Fran— sin moverse de la alfombra.

Molesto por el "concierto" gratuito que se me brindaba sin haberlo demandado y por la tensión del trabajo, me levanté airado y sin mediar palabra me dirigí hacia la habitación de mi hijo.



Nos encontramos frente a frente en el pasillo.

Le tomé por la hombrera y lo introduje en silencio en mi despacho. Simplemente le miré con cara de enfadado. Luego, le hablé en tono muy serio:

—Espero que sea la última vez que mamá tiene que llamarte dos veces para que vayas. Cuando te llamemos debes acudir enseguida. ¿Lo has entendido?

Bajó la cabeza y me dijo un sí "mohino", sin palabras.

—Fran, quiero escuchar una respuesta clara, pues no he oído.

—Sí, papá. —respondió.

Era la primera vez que había observado una conducta de tipo negativista

en el niño. Sin quererlo, su madre le había prestado atención, el niño había obtenido un pequeño beneficio (dilatarse su juego, controlar al adulto) y nueva atención de la madre a través de las insistentes llamadas.

El negativismo engloba un gran número de comportamientos infantiles desadaptados, caracterizados, todos ellos, por la negativa a obedecer la orden impartida.

Los niños, lo sabemos, no nacen negativistas, sino que aprenden a serlo.

Muchas conductas de tipo negativo se instalan y perduran porque son reforzadas por el adulto. Los niños son capaces de aprender conductas cuando son reforzados.



¿Cómo surgen los comportamientos negativos?

En líneas generales, podríamos decir que hay 3 modos diferentes de manifestar comportamientos negativos desajustados:

- 1.- Los adultos (unas veces los padres, otras los abuelos, la profesora, etc.) dan una orden verbal al niño y éste no actúa de acuerdo con la misma. El pequeño dilata la situación, se entretiene, y obtiene un beneficio. Su actitud queda reforzada por el control ejercido sobre el adulto y por la pequeña ampliación del tiempo de entretenimiento.
 - 2.- En otras ocasiones el niño expresa de modo explícito, con mayor o menor enfado, «no quiero» o «no lo voy a hacer». Esta conducta supone un segundo escalón y un enfrentamiento al adulto. En principio, implica que éste ha consentido muchas veces comportamientos de-masiado tolerantes y poco estructurados de cara al niño.
 - 3.- Otras veces el chiquillo ni siquiera expresa verbalmente lo que siente, quizás ni tan siquiera lo piensa de modo formal, pero, al igual que en los casos anteriores, no ejecuta aquello que se le demanda. (Este es el niño sobre el que la madre y el padre, etc. no tienen ningún control y de quien suelen decir: «He de llamarle varias veces para que acuda...», «Le tengo que repetir cien veces las cosas para que me obedezca...», «He de gritarle repetidamente para que venga a la mesa, se ponga las zapatillas... etc.»)
- En cualquiera de estos casos, no se trata de que el niño no pueda o no sepa realizar la tarea encomendada, no; es cuestión de que no quiere

desempeñarla, o como mínimo, no está dispuesto a ello en el momento en que se le pide.

Las palabras del adulto no controlan aquí su comportamiento posterior, a no ser que la orden se de gran número de veces, o en un tono de voz especial. Si el niño obedece al oír este tono, lo hace para evitar la reprimenda o la situación de castigo que suele venir a continuación. En muchos casos se llega a una situación tal que los padres se sienten obligados, de forma sistemática, a gritar o amenazar para obtener la respuesta adecuada. Es fácil observar estas conductas en determinadas familias: parece que siempre se comunican con tensión y gritos.

¿Son correctos estos comportamientos? Como profesional entiendo que no.



¿Qué ha ocurrido?

Que el niño, al igual que sucede con otras conductas desadaptadas, ha aprendido a comportarse así, y su «desobediencia», entra a formar parte de sus hábitos y rutinas diarias.

Si el niño no obedece a la primera vez es porque esta conducta no ha sido convenientemente gratificada o establecida claramente; y, por el contrario, sí lo ha sido la conducta del «no quiero», de la cual siempre obtiene un pequeño beneficio.

El niño desobediente y negativista pasa a ser centro de atención de los adultos y controla a estos durante un tiempo. Cuando un niño dice «no» o se limita a ignorar la orden de sus padres, estos insisten una y otra vez y de este modo le «enseñan» una conducta incorrecta.

Es posible que, sin darse cuenta de ello, le presten una atención desadaptada cuando se niega a hacer algo y en

cambio, no se la prestan cuando obedece o responde de forma inmediata. En base a este enfoque comportamental se están reforzando las conductas desadaptadas y no las social y convencionalmente satisfactorias.

Cuando un árbol es joven hay que ayudarle a crecer sin torcerse.

El negativismo no debe consentirse como principio.

Las conductas desadaptadas deben cortarse desde el primer momento antes que arraiguen y se escleroticen. Y... ojo, muchas conductas, también se aprenden por simple imitación de los propios progenitores, etc...



¿Cómo actuar?

Cuando el negativismo está profundamente implantado, hay que reestructurar las relaciones adulto-niño, especialmente las que hacen referencia directa a órdenes verbales.

Desde el primer momento la instrucción verbal del adulto ha de poder dirigir la conducta del niño. Por consiguiente, al inicio, la conducta que queremos instaurar hemos de dividirla en pequeños pasos, que irán desde lo más simple a lo más complejo. Daremos pequeñas órdenes al chico, de tal modo que puedan ser cumplidas de forma inmediata y sin dificultad. Reforzaremos esas conductas. Además, en cada caso hay que aportar al niño la ayuda necesaria para que puedan realizar la tarea encomendada.

El éxito del programa va a depender, en gran parte, de la habilidad de los padres, o de los adultos —hablando en términos generales— para escoger los pequeños pasos a seguir y los reforzamientos adecuados.

Algunas veces, si el negativismo manifestado por el niño es muy acusado, será preciso empezar dando instrucciones que sepamos sean agradables

para él. Por ejemplo, si se trata de un niño pequeño que nunca obedece, al que le gusta mucho ver la TV, podemos pedirle de forma imperativa y clara, pero sin estridencias:

—«Enciende el televisor, por favor».

Si el niño lleva a cabo la conducta, se le gratificará mediante una sonrisa, una clara expresión verbal —«muchas gracias»—, o cualquier señal de aprobación que implique contacto físico: estrecharle la mano, darle una palmadita en la espalda acompañada de «muy bien», «achucharlo», etc.

No puede olvidarse que todo refuerzo (verbal, visual, consumible, epitelial, motriz) aumenta la probabilidad de que se repita cualquier conducta (en este caso «obedecer»), si se administra de forma inmediata a la respuesta comportamental positiva.

A fin de que aumente la frecuencia de la conducta de «obedecer» se irán repitiendo progresivamente éstas y otras instrucciones «agradables».



Administración de refuerzos

La conducta del niño tenderá a cambiar lentamente siendo preciso asociar el reforzamiento en sus múltiples variedades en tanto dure el proceso de modificación conductual.

Al comienzo, y con mayor motivo si se trata de niños pequeños, se utilizarán refuerzos, gratificaciones o premios de tipo preferentemente consumibles, (caramelos, golosinas, chicles) para pasar, poco a poco, a la utilización de reforzadores más de tipo social: «chocar la mano», felicitar al niño en público, etc.

De forma gradual, los reforzadores sociales sustituirán a los consumibles hasta llegar a suprimirlos.

Como norma general, los reforzados,

res sociales nunca deberían eliminarse por completo; podrá disminuirse la frecuencia de su administración, pero no llegar nunca a la supresión total. Si el niño careciese por completo de reforzadores, acabaría por extinguir la conducta adaptada, sustituyéndola por otra desajustada que le proporcione algún tipo de reforzamiento.

Es conveniente, por otra parte, que el niño pueda recibir información de sus progresos a medida que va pasando a etapas más elaboradas del programa. El adulto debe darle muestras de alegría y satisfacción por los progresos alcanza-

dos, por el cambio positivo efectuado. En muchas ocasiones la satisfacción de éstos es, a su vez, el mejor reforzador de la conducta cambiante. La autoimagen positiva que el niño va creando en sí, le ayuda en la lucha por conquistar una mayor estabilidad en su comportamiento y en su estado de ánimo.

En todo caso, la comprensión profunda, las estrategias pedagógicas, el cariño y un sano criterio de rectitud educativa, reconducirán al niño negativista hacia una autorrealización plena y habilitante.

Pasos para modificar la conducta negativa

Al intentar modificar cualquier comportamiento desadaptado, en especial la conducta negativista, tenemos que tener en cuenta varios principios:

1.- Al formular al niño una orden hemos de estar seguros de que éste nos atiende, nos escucha. Nosotros siempre aconsejamos que, en la medida de lo posible, haya contacto visual, que se nos mire. No parece buen inicio para modificar la conducta de «obedecer», mientras el niño está absorto, mirando las imágenes de la televisión, o el adolescente escuchando la música del cassette, demandar algo a voces desde el otro extremo de la casa.

2.- Las órdenes impartidas deben ser claras, precisas, sin ambigüedades y fáciles de cumplir por el niño.

El niño ha de poder entender lo que adulto espera que él haga.

Hay órdenes instruccionales sumamente imprecisas que los padres impartimos a nuestros hijos. Veamos:

- Cuando vayas a casa de fulanita, «pórtate bien» (orden imprecisa, ambigua).
- Cuando vayas a casa de fulanita, «pide las cosas "por favor"» (orden concreta).

Operativamente suele dar resultados excelentes el hecho de que, antes de salir de casa, anticipemos al niño situaciones problema llamando la atención sobre las conductas a evitar con mensajes claros y precisos.

- Cuando vayamos a los almacenes, a la frutería del mercado, etc. «no toques ningún objeto.... no corras por entre los puestos...», etc.

3.- Sólo pueden exigirse al niño determinadas conductas cuando se tiene la seguridad de que éste posee los repertorios previos para ello: comprensión, conceptualización, etc. Por ejemplo, antes de dar al niño la orden de «toma la taza y ponla encima, sobre la mesa» hemos de tener la seguridad de que el pequeño:

- Entiende la orden de «tomar la taza».
- Posee la coordinación y destreza manual suficientes para hacerlo.
- Comprende conceptualmente los términos «encima», «sobre».

4.- No es aconsejable inicialmente, dar órdenes de doble salida, es decir: demandar varias cosas a la vez. Es mejor esperar a que se haya realizado la primera tarea antes de exigir la siguiente.

Especialmente, en el caso de niños pequeños, deben evitarse instrucciones complejas del tipo: «guarda todos tus juguetes, vete al baño, te lavas las manos y comienzas a poner la mesa». Cada pequeña conducta debe demandarse una vez realizada la anterior. Con posterioridad, se darán dos órdenes encadenadas.

Cuando ya exista dentro del repertorio habitual del niño la conducta de «obedecer», al menos dos órdenes simples, se irán introduciendo otras nuevas, más complejas y más similares a las que motivaron el conflicto.